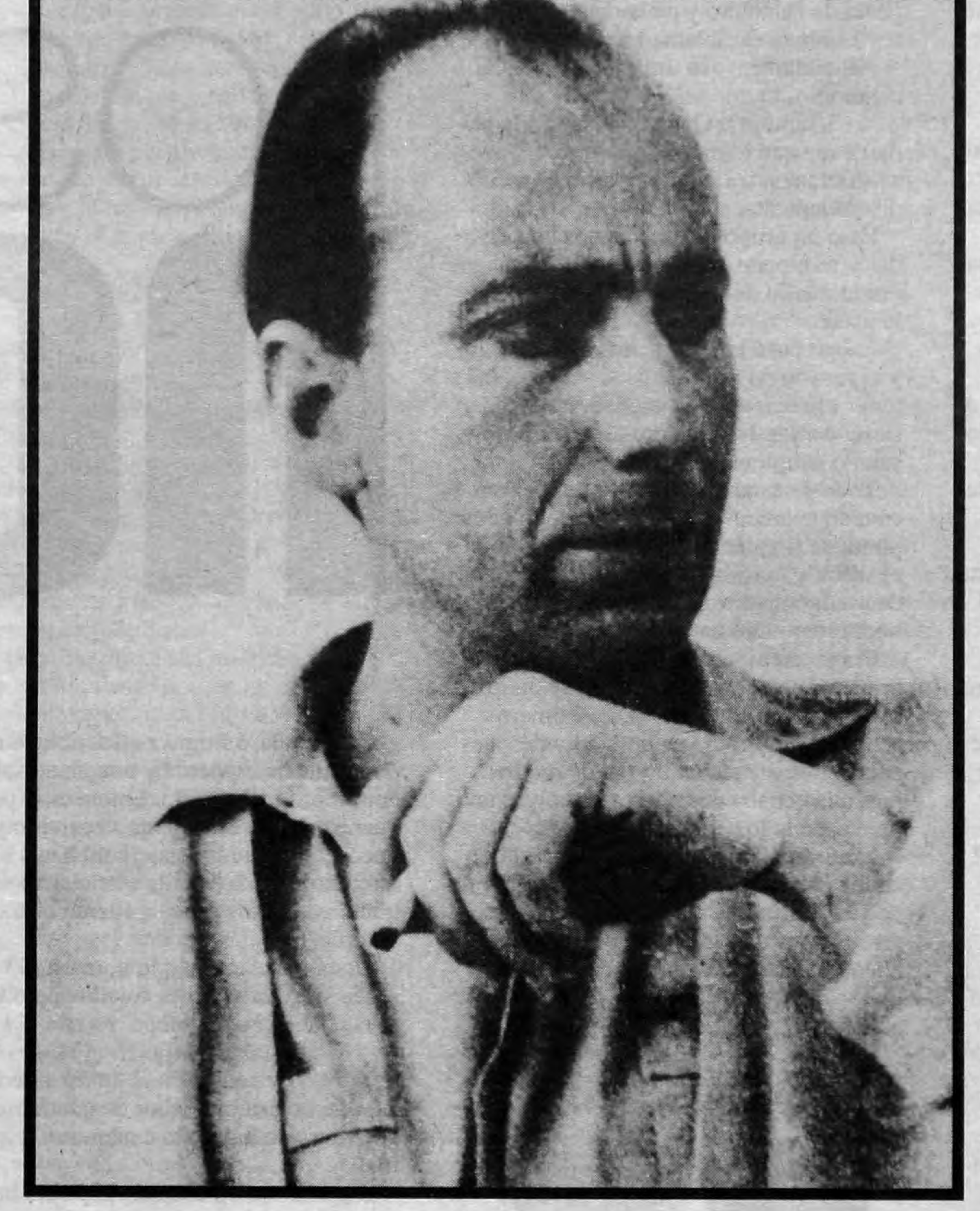
HAROLDO Conti



Se trata de un escritor repetidamente laureado: concurso de *Life*, concurso de novelas de Fabril Editora, premio Municipal de Buenos Aires, premio de novela "Universidad Veracruzana", premio "Barral de novela". Este escritor, nacido en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1925, y cuya exacta fecha de muerte no podemos precisar (fue secuestrado y desaparecido durante la última dictadura militar), si a algo se orientó fue a intentar representar los aspectos más humildes y marginales de la vida. Se trata de una búsqueda espontánea, que implica sin embargo una búsqueda del hombre en estado puro, del hombre menos conformado por la sociedad, que también puede ser el hombre rechazado o marginado. Los ambientes en los que suelen desarrollarse las tramas de sus relatos y sus novelas suelen estar poblados por gente humilde o marginal: el delta en *Sudeste*, la franja que queda entre el puerto y la ciudad en *Alrededor de la jaula*, zonas ambiguas, una especie de "frontera" entre la naturaleza y la civilización. Conti pinta sus cuadros con gran eficacia pictórica (o mejor, cinematográfica) y sobre ellos proyecta el drama angustiante o melancólico de la criatura humana. Narra en tono bajo, con un lenguaje simple y coloquial, a través del cual pareciera que quiere minimizar las cosas para aproximarlas más; o quizás para descubrir algo humano en ellas, tratando de reducir a nuestra altura de hombres todo lo que las cosas, por encontrarse separadas de nosotros, tienen de desmesurado.

Ajeno a cualquier borgismo o cortazianismo (que configuraron un espacio literario en el que se inscribió buena parte de la producción literaria argentina de la década del sesenta en adelante), Conti es tal vez uno de los primeros en testimoniar la presencia de un nuevo sistema de coordenadas: la literatura norteamericana.

Hasta 1938 se dedicó a vagabundear con su padre. En 1938 ingresó en un colegio de Ramos Mejía y en 1939, por breve tiempo, en el seminario de los Salesianos. Desde entonces, y hasta 1944, ejerció esporádicamente de maestro. Fue empleado de banco y fundó una pequeña empresa de transportes. Estudió Filosofía y Letras en la universidad y obtuvo el título de piloto civil. Durante seis años construyó un velero, el "Alejandra", en el que vivió largas temporadas navegando por el Delta y las islas del Litoral. En 1965 naufragó en el cabo de Santa María, en la costa uruguaya.

Su carrera literaria comenzó en el teatro; su obra narrativa se inicia con una novela corta, *La causa* (1960). A ella siguieron *Sudeste* (1962), el libro de relatos *Todos los veranos* (1964), al que pertenece "Los novios", *Alrededor de la jaula* (1966), *Con otra gente* (1967), *En vida* (1971). En 1975 apareció su última novela, *Mascaró, el cazador americano* y su último libro de relatos, *La balada del álamo carolina.*



LOS novi

Por Haroldo Conti

El tío Hipólito llegó a las cinco, como siempre.

Todavía hacía un poco de calor pero oscurecía más temprano. Además la luz era distinta, como si todas las cosas, aun las sombras, fuesen de la misma sustancia.

María trajo los sillones de mimbre y los arrimó a la pared. Hipólito lo saludó con un gesto distraído mientras se hurgaba en los bolsillos.

Hacía tiempo que estaban por asfaltar aquella calle. El "Expreso del Oeste" se tenía que desviar una punta de cuadras precisamente por aquella calle. Pero pensándolo bien, ahora, con esa luz, era preferible que quedara así.

Hipólito extrajo un caramelo con forma de bastoncito, se inclinó sobre la cabecita morena que aguardaba en silencio y preguntó: "¿Qué dice mi muñeca?". Luego se sentó en el sillón al lado del zaguán y encendió un Caburito.

Del otro lado de la calle los árboles parecían haber envejecido. Estaban cubiertos de polvo y de una luz melancólica. Hipólito los había contado alguna vez y hasta había comenzado a ponerles nombres porque se parecían a las personas. A veces estaban tristes, a veces estaban alegres. Cambiaban de ropaje, cambiaban de humor, y un día morían como el plátano de la esquina que la primavera anterior no había florecido.

La señorita Adela apareció en la puerta e Hipólito se levantó de un salto, con el Caburito en la mano.

–¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

–Mejor –dijo la señorita Adela con una voz algo frágil pero alegre.

Mientras se sentaban él pensó por qué habría dicho "mejor" y no simplemente "bien", pero se alegró de todas maneras.

Después hablaron del tiempo.

–Parecen las seis, ¿se ha fijado usted?

–Sí, es verdad.

–Sin embargo apenas son las cinco.

–Acabo de verlo. Las cinco.

Seguramente lo había visto en aquel notable reloj embutido en el campanario de un cuadro de la "Chiesa di S. Magno a Legnano", en el comedor. El viejo era de Legnano, en la Lombardía, según se lo había oído mil veces.

Para ser exactos eran las cinco y cuarto, pero hablando así del tiempo no debían tomarse en cuenta los cuartos y apenas las medias.

A Hipólito le gustaba hablar del tiempo, lo mismo que a su padre. En realidad, era todo lo que recordaba del viejo. Ahí estaba en su recuerdo hablando las horas enteras en el Círculo Italiano o en el bar Alsina. La verdad que era un tema inmenso. Se recordaban cosas, se auguraban cosas y uno se volvía cosa y tiempo también.

Volvió a encender el Caburito que se había apagado. Según Hipólito, aquel otoño más que el recuerdo del verano, como sucedía casi siempre, resultaba un verdadero anticipo del invierno. No había sucedido como otros años, ese lento despliegue de signos y anuncios, sino que, de un día para otro, la luz se había empañado y el cielo parecía increíblemente lejano.

A propósito del tiempo se habló luego de las flores de marzo.

La señorita Adela se volvió un poco de costado, cruzó las manos, aquellas largas manos que se movían como mariposas de cera, y mencionó las caléndulas y las siemprevivas.

Hipólito, por su parte, habló con cierta erudición de las azucenas blancas y por supuesto de la violeta, que es emblema de la modestia. Bajo vidrio: tulipanes, espuela de caballero y ciclamen.

–También el ciclamen.

–El ciclamen, eso es. Mi madre decía ciclamino.

–¿Ciclamino? ¡Qué gracioso! Es la primera vez que lo oigo.

–Ciclamen o ciclamino –dijo Hipólito distraídamente.

Pasó un grupo de muchachos con ondas y tramperas para gorriones. Trotaban por el medio de la calle en dirección de la usina.

Luego pasó la señora Amelia con el tul y el rosario en las manos. A veces se detenía a hablar de enfermedades o de la fiesta de San Isidro. Pero esta vez pasó y saludó simplemente.

Todavía estaban hablando del tiempo cuando apareció el camión de riego en la punta de la calle. Hipólito se revolvió en el sillón y miró la hora. Pareció que iba a decir algo divertido como lo del ciclamino, pero no dijo nada.

Era un camión rojo con un águila de bronce en la tapa del radiador. Hipólito se sentía bien sólo con verlo. Primero echaba el chorro hacia un lado y después hacia el otro y recién un par de metros más allá echaba dos chorros a la vez, uno para cada lado.

El camión aparecía en la punta de la calle cuando la luz trazaba una especie de visera sobre la vereda de los plátanos y se detenía un rato como para tomar aliento. Luego comenzaba a andar a los tumbos, igual que el viejo Nardi. Tal vez ahí estaba lo gracioso.



Del otro lado de la calle los árboles parecían haber envejecido. Estaban cubiertos de polvo y de una luz melancólica. Hipólito los había contado alguna vez y hasta había comenzado a ponerles nombres porque se parecían a las personas.

Cuando pasó frente a ellos detuvo el chorro de la izquierda y una mano salió y entró por la ventanilla. Entonces la pequeña echó a correr junto al camión y las voces y los ruidos se alejaron hacia el otro extremo de la calle como si aquellos blandos chorros de agua fueran borrando la tarde.

–Está refrescando, ¿lo nota usted?

–Sí –dijo la señorita Adela–, pero todavía queda buen tiempo.

–No sé esta vez –dijo él.

Y trató de pensar en el otoño anterior, aunque no estaba seguro de que fuese el anterior sino un otoño cualquiera.

Algunas tardes después Hipólito habló de la casa. No era un tema nuevo pero siempre que hablaba de la casa la señorita Adela parecía más animada.

Las copas de los árboles ardían en silencio pero la luz en la calle de tierra era cada vez más débil, un polvillo de miel.

Hipólito describió en primer lugar el pequeño jardín frente a la casa con los dos pinos como dos centinelas. La señorita Adela encontraba algo extraño que hubiese justamente dos pinos en un jardín tan pequeño pero con el tiempo le pareció una señal de distinción. Nada de canteros retorcidos, ni calas, ni plantas minúsculas que daban una impresión de desaliño y de vejez. Después venía la puerta, que para la señorita se abría y cerraba por sí misma en silencio, y el pasillo de luz penumbrosa y al fondo la cocina.

Hipólito se demoraba siempre en la cocina. Cada vez había un detalle nuevo que no había mencionado o que, por lo menos, había olvidado. Los dormitorios estaban al costado del pasillo y el hall a la entrada, naturalmente, sólo que Hipólito lo mencionaba en último término, después de que había pasado el camión de riego, tal vez para que quedara la impresión de que recién entraban en la casa y no de que estaban a punto de salir.

–No será una casa notable –resumía invariablemente– pero creo que es una casa adecuada.

Y la señorita Adela asentía con los ojos entornados, aun antes de que comenzara la frase.

Esta vez dijo además, después de un silencio:

–Me gustaría que la viese usted... alguna tarde de éstas, por ejemplo.

–¡Oh, sí! –exclamó la señorita con un trino.

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Cuentos completos*. Se reproduce aquí por gentileza de

LOS novios



Por Haroldo Conti

El tío Hipólito llegó a las cinco, como siempre.

Todavía hacía un poco de calor pero oscurecía más temprano. Además la luz era distinta, como si todas las cosas, aun las sombras, fuesen de la misma sustancia.

María trajo los sillones de mimbre y los arrimó a la pared. Hipólito lo saludó con un gesto distraído mientras se hurgaba en los bolsillos.

Hacía tiempo que estaban por asfaltar aquella calle. El "Expreso del Oeste" se tenía que desviar una punta de cuadras precisamente por aquella calle. Pero pensándolo bien, ahora, con esa luz, era preferible que quedara así.

Hipólito extrajo un caramelo con forma de bastoncito, se inclinó sobre la cabecita morena que aguardaba en silencio y preguntó: "¿Qué dice mi muñeca?". Luego se sentó en el sillón al lado del zaguán y encendió un Caburito.

Del otro lado de la calle los árboles parecían haber envejecido. Estaban cubiertos de polvo y de una luz melancólica. Hipólito los había contado alguna vez y hasta había comenzado a ponerles nombres porque se parecían a las personas. A veces estaban tristes, a veces estaban alegres. Cambiaban de ropaje, cambiaban de humor, y un día morían como el plátano de la esquina que la primavera anterior no había florecido.

La señorita Adela apareció en la puerta e Hipólito se levantó de un salto, con el Caburito en la mano.

–¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

–Mejor –dijo la señorita Adela con una voz algo frágil pero alegre.

Mientras se sentaban él pensó por qué habría dicho "mejor" y no simplemente "bien", pero se alegró de todas maneras.

Después hablaron del tiempo.

–Parecen las seis, ¿se ha fijado usted?

–Sí, es verdad.

–Sin embargo apenas son las cinco.

–Acabo de verlo. Las cinco.

Seguramente lo había visto en aquel notable reloj embutido en el campanario de un cuadro de la "Chiesa di S. Magno a Legnano", en el comedor. El viejo era de Legnano, en la Lombardía, según se lo había oído mil veces.

Para ser exactos eran las cinco y cuarto, pero hablando así del tiempo no debían tomarse en cuenta los cuartos y apenas las medias.

A Hipólito le gustaba hablar del tiempo, lo mismo que a su padre. En realidad, era todo lo que recordaba del viejo. Ahí estaba en su recuerdo hablando las horas enteras en el Círculo Italiano o en el bar Alsina. La verdad que era un tema inmenso. Se recordaban cosas, se auguraban cosas y uno se volvía cosa y tiempo también.

Volvió a encender el Caburito que se había apagado. Según Hipólito, aquel otoño más que el recuerdo del verano, como sucedía casi siempre, resultaba un verdadero anticipo del invierno. No había sucedido como otros años, ese lento despliegue de signos y anuncios, sino que, de un día para otro, la luz se había empañado y el cielo parecía increíblemente lejano.

A propósito del tiempo se habló luego de las flores de marzo.

La señorita Adela se volvió un poco de costado, cruzó las manos, aquellas largas manos que se movían como mariposas de cera, y mencionó las caléndulas y las siemprevivas.

Hipólito, por su parte, habló con cierta erudición de las azucenas blancas y por supuesto de la violeta, que es emblema de la modestia. Bajo vidrio: tulipanes, espuela de caballero y ciclamen.

–También el ciclamen.

–El ciclamen, eso es. Mi madre decía ciclamino.

–¿Ciclamino? ¡Qué gracioso! Es la primera vez que lo oigo.

–Ciclamen o ciclamino –dijo Hipólito distraídamente.

Pasó un grupo de muchachos con ondas y tramperas para gorriones. Trotaban por el medio de la calle en dirección de la usina.

Luego pasó la señora Amelia con el tul y el rosario en las manos. A veces se detenía a hablar de enfermedades o de la fiesta de San Isidro. Pero esta vez pasó y saludó simplemente.

Todavía estaban hablando del tiempo cuando apareció el camión de riego en la punta de la calle. Hipólito se revolvió en el sillón y miró la hora. Pareció que iba a decir algo divertido como lo del ciclamino, pero no dijo nada.

Era un camión rojo con un águila de bronce en la tapa del radiador. Hipólito se sentía bien sólo con verlo. Primero echaba el chorro hacia un lado y después hacia el otro y recién un par de metros más allá echaba dos chorros a la vez, uno para cada lado.

El camión aparecía en la punta de la calle cuando la luz trazaba una especie de visera sobre la vereda de los plátanos y se detenía un rato como para tomar aliento. Luego comenzaba a andar a los tumbos, igual que el viejo Nardi. Tal vez ahí estaba lo gracioso.

> **"Del otro lado de la calle los árboles parecían haber envejecido. Estaban cubiertos de polvo y de una luz melancólica. Hipólito los había contado alguna vez y hasta había comenzado a ponerles nombres porque se parecían a las personas."**

Cuando pasó frente a ellos detuvo el chorro de la izquierda y una mano salió y entró por la ventanilla. Entonces la pequeña echó a correr junto al camión y las voces y los ruidos se alejaron hacia el otro extremo de la calle como si aquellos blandos chorros de agua fueran borrando la tarde.

–Está refrescando, ¿lo nota usted?

–Sí –dijo la señorita Adela–, pero todavía queda buen tiempo.

–No sé esta vez –dijo él.

Y trató de pensar en el otoño anterior, aunque no estaba seguro de que fuese el anterior sino un otoño cualquiera.

Algunas tardes después Hipólito habló de la casa. No era un tema nuevo pero siempre que hablaba de la casa la señorita Adela parecía más animada.

Las copas de los árboles ardían en silencio pero la luz en la calle de tierra era cada vez más débil, un polvillo de miel.

Hipólito describió en primer lugar el pequeño jardín frente a la casa con los dos pinos como dos centinelas. La señorita Adela encontraba algo extraño que hubiese justamente dos pinos en un jardín tan pequeño pero con el tiempo le pareció una señal de distinción. Nada de canteros retorcidos, ni calas, ni plantas minúsculas que daban una impresión de desaliño y de vejez. Después venía la puerta, que para la señorita se abría y cerraba por sí misma en silencio, y el pasillo de luz penumbrosa y al fondo la cocina.

Hipólito se demoraba siempre en la cocina. Cada vez había un detalle nuevo que no había mencionado o que, por lo menos, había olvidado. Los dormitorios estaban al costado del pasillo y el hall a la entrada, naturalmente, sólo que Hipólito lo mencionaba en último término, después de que había pasado el camión de riego, tal vez para que quedara la impresión de que recién entraban en la casa y no de que estaban a punto de salir.

–No será una casa notable –resumía invariablemente– pero creo que es una casa adecuada.

Y la señorita Adela asentía con los ojos entornados, aun antes de que comenzara la frase.

Esta vez dijo además, después de un silencio:

–Me gustaría que la viese usted... alguna tarde de éstas, por ejemplo.

–¡Oh, sí! –exclamó la señorita con un trino.

Y se volvió y miró al tío Hipólito que se había erguido en el asiento y soplaba la punta del Caburito.

Fueron pues una tarde a ver la casa.

Hipólito vino más temprano, aunque parecían las cinco por lo menos, y esperó en la vereda como de costumbre. Esta vez, en lugar de los caramelos, trajo un cartucho de pororó y una manzanita acaramelada. Era la época.

La señorita Adela apareció por fin en la puerta con una sombrilla en la mano aunque ya no era el tiempo de las sombrillas, es decir, el dulce y querido verano, cuando las cinco de la tarde son efectivamente las cinco.

La casa quedaba del otro lado del pueblo, después del molino. De manera que tuvieron que atravesar el pueblo en aquella luz polvorienta de otoño. La señorita Adela marchaba del lado de la pared, blanca y leve como una paloma, y parecía más divertida que nunca. Hipólito, en cambio, marchaba digno y compuesto como un notario o algo por el estilo. Un verdadero tío.

El gallego Correa los saludó desde el mostrador de la tienda El Mercurio y el señor Ferrer, con el invariable cigarro en la boca y el chaleco abierto, desde la puerta de El Imparcial. Cada uno en su calle y en su puesto parecía distinto, opinó la señorita Adela.

Hipólito, aunque no estaba muy seguro, asintió con la cabeza.

En la esquina de El Vencedor, bebidas y comestibles, tendió una mano a la señorita para ayudarla a saltar desde la acera de ladrillos húmedos y desparejos porque era muy alta.

Don Italo estaba en la puerta del almacén con el lápiz montado sobre la oreja.

Y había otros vecinos sentados en los sillones de mimbre o en las sillas de paja. Parecían todos contentos pero extrañamente quietos con sus sonrisas en esa hora inmóvil de la tarde.

–¡Vamos! Decídase usted –dijo Hipólito con cautelosa jovialidad.

–¡Qué gracioso! –trinó la señorita.

Y avanzó un pie y saltó.

Desde allí se veían las primeras quintas, el campo pelado y amarillo y al fondo el cielo de un celeste muy pálido. A la derecha, el molino, blanco como un hueso, y a la izquierda, el camino de cemento.

La señorita Adela reconoció la casa por los pinos. Era como ella la había imaginado. No exactamente como Hipólito había dicho, porque con lo que dijo se podían imaginar muchas casas con pinos y todo.

Atravesaron el jardín entre aquellos árboles oscuros y mientras Hipólito buscaba la llave reconoció cada cosa. El tronco firme y ceniciento de los pinos, las copas negras como surtidores de sombras, la cerca de madera y, a través de la cerca, la vereda de ladrillos.

Hipólito dijo a sus espaldas que aquí no era lo mismo porque no pasaba el camión de riego, ni la señora Amelia, ni enfrente estaban los plátanos erguidos como personas. Pero que de todas maneras sería lindo sacar afuera los sillones de mimbre y contemplar el campo pelado que mudaba de color como el mar, aunque nunca había visto el mar, y el camino de cemento y los grandes camiones que iban y venían cargados de ladrillos.

Quedaron un rato inmóviles mirando todo aquello y luego entraron.

Flotaba en la casa una luz pegajosa y la voz de la señorita Adela parecía sonar en todos los cuartos a la vez. Hipólito caminaba detrás y decía cosas oportunas un poco inclinado hacia adelante con el sombrero de fieltro en la mano.

En la cocina encontraron todo lo que había dicho y además una claraboya de vidrio armado y una gran mesa de pino. Al fondo había una huertita y la vieja parra de uva chinche que Hipólito había ponderado largamente. Los dormitorios eran recatados y simples y donde más se notaba el silencio, de manera que se justificaba que resultasen imprecisos. El hall, en cambio, parecía lleno de gente, aunque estuviera vacío, y uno pensaba en los amigos y en los días felices. A través de la ventana se veía un pino y una parte de la cerca y el camino de cemento largo y preciso que se juntaba a lo lejos con el cielo.

En fin, una casa adecuada, como decía el tío Hipólito. Y posiblemente notable después de un tiempo.

Regresaron en silencio por el mismo camino. Al doblar hacia el molino blanco como un hueso, la señorita Adela se volvió una vez y miró los pinos.

En la esquina de El Vencedor, Hipólito saltó primero y le tendió la mano.

Saludaron a la misma gente en los mismos sitios.

Cuando llegaron a la calle de tierra apenas quedaba un mechón de tarde en las puntas de los plátanos. El camión de riego ya había pasado y por eso la calle parecía más oscura.

La señorita Adela permaneció un rato en la puerta, junto a los sillones vacíos.

Los chicos volvían trotando de la usina.

Hipólito miró la hora y comparó los días y estuvo a punto de hablar del tiempo. Pero ya eran las siete de la tarde, es decir, la noche.

La señorita Adela murió ese invierno.

Una tarde Hipólito esperó largo rato junto al sillón vacío. Pasó el camión de riego y la señorita no había salido.

Otra tarde estuvo de paso, como quien dice, con un ramo de crisantemos, que era la flor del tiempo.

Y otra tarde cualquiera murió la señorita.

Vinieron unos parientes de Buenos Aires y otros de Rosario. Los hombres se abrazaban y se besaban brevemente y se hacían todos las mismas preguntas en voz baja. Cuando se reconocían parecía que iban a decirse grandes e interminables cosas. Pero pronto quedaban en silencio con las manos en los bolsillos y se hamacaban en puntas de pie o miraban el reloj mientras sus mujeres rezaban el rosario.

Después del anís se animaron un poco y comenzaron a hablar de cosas que recordaban a medias. Hipólito sonreía gravemente y completaba el recuerdo, nombres y sitios y sucesos de aquel pueblo, un poco sorprendido él mismo de que recordase tanta vieja historia.



> **Flotaba en la casa una luz pegajosa y la voz de la señorita Adela parecía sonar en todos los cuartos a la vez. Hipólito caminaba detrás y decía cosas oportunas un poco inclinado hacia adelante con el sombrero de fieltro en la mano."**

Llegó el cura y sirvieron otra copita más. Entonces se animaron por completo y ahora recordaban nada más que cosas alegres. Por último llegó el plomero e Hipólito alejó a las mujeres, entornó la puerta y sostuvo las barritas de plomo.

La luz de los cirios era una luz amarilla como la del otoño y la lámpara de soldar zumbaba como el camión de riego.

Ahora veía el rostro de la señorita Adela a través de un óvalo de vidrio un poco empañado. Parecía realmente de cera y tenía aquel gesto en los labios la vez que hablaron del ciclamen o ciclamino.

La calle nunca había estado tan animada. De este lado las mujeres, negras y llorosas contra la pared de ladrillo. María y la cabecita morena en el rincón de los sillones. La señora Amelia con el rosario al frente. En el medio la negra hilera de coches con los caballos erguidos y brillantes. Del otro lado los vecinos y los curiosos, los chicos de los gorriones y por supuesto los plátanos.

Hubo un instante de inmovilidad y luego el cortejo se puso en marcha con un lento girar de ruedas.

Hipólito iba en el segundo coche con otros tres señores que en cada cuadra recordaban un nombre o reconocían una casa.

Cuando pasaban frente al El Vencedor el señor de la derecha preguntó por el viejo Nardi. Hipólito habló del viejo Nardi mientras pensaba en otra cosa a propósito de aquella esquina.

Apareció el molino y hablaron del viejo molino. Después trotaron sobre la ruta de cemento y se cruzaron con los camiones mientras a lo lejos giraban lentamente los dos pinos con la casa en el medio.

El señor de la izquierda preguntó a dónde iba ese camino. "A Irala", dijo Hipólito, aunque no estaba seguro si era a Irala o a Inés Indart o a cualquier otra parte porque jamás había pasado del cementerio.

A la izquierda aparecieron los primeros hornos de ladrillo. El humo trepaba derechamente hacia lo alto, señal de buen tiempo.

También por la izquierda, detrás de las columnas de humo, apareció por fin el largo murallón del cementerio y entonces los hombres callaron.

Los parientes se marcharon esa misma tarde. Se despedían de Hipólito como si éste no debiera marcharse también. Todos decían cosas amables pero imprecisas antes de partir.

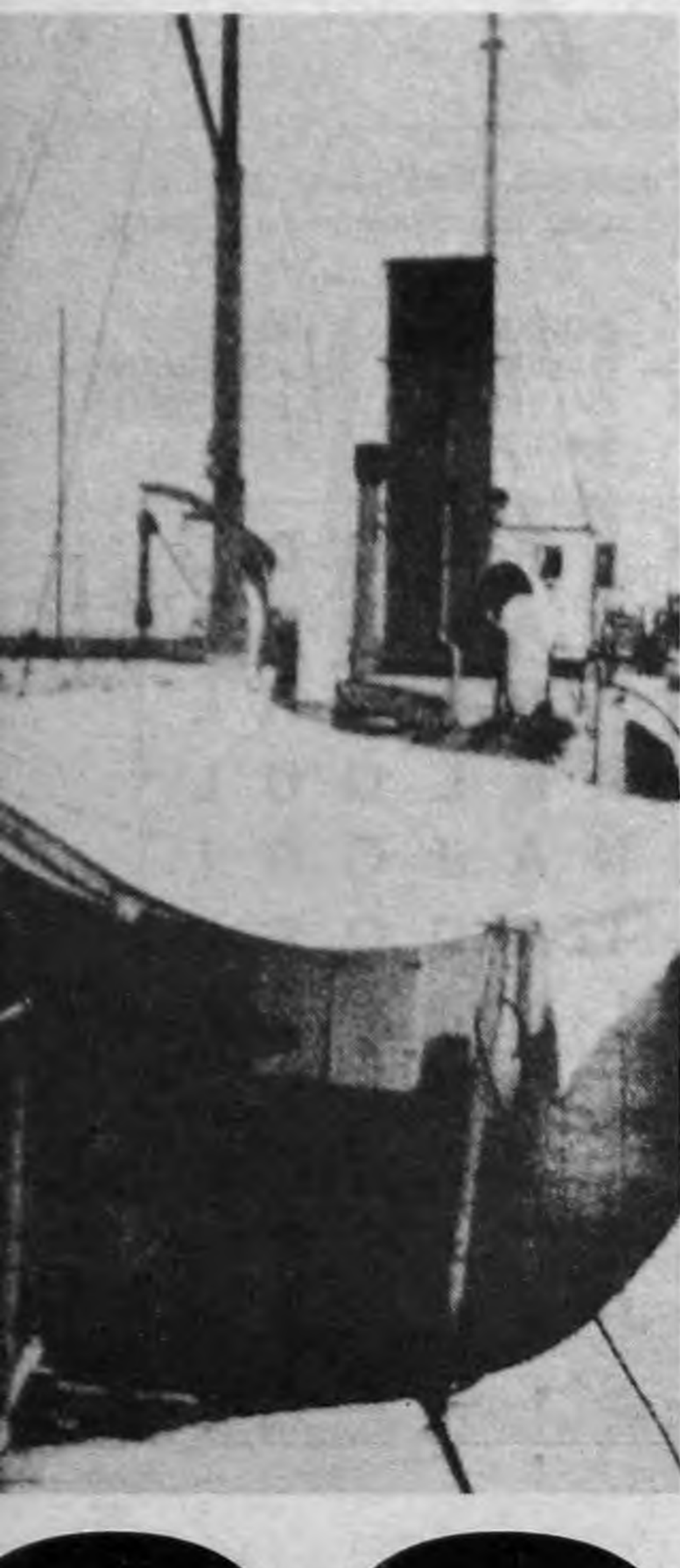
La señora Amelia ayudó a acomodar las sillas y se fue a la hora de las campanas.

Entonces el tío Hipólito salió a la puerta y se quedó un rato mirando los plátanos.

La calle estaba otra vez en silencio.

Ahora oscurecía a las seis y media y el verano parecía más lejos que nunca. En realidad, parecía que nunca hubiese existido el verano. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Cuentos completos*. Se reproduce aquí por gentileza de Emecé Editores.



OS

Y se volvió y miró al tío Hipólito que se había erguido en el asiento y soplaba la punta del Caburito.

Fueron pues una tarde a ver la casa.

Hipólito vino más temprano, aunque parecían las cinco por lo menos, y esperó en la vereda como de costumbre. Esta vez, en lugar de los caramelos, trajo un cartucho de pororó y una manzanita acaramelada. Era la época.

La señorita Adela apareció por fin en la puerta con una sombrilla en la mano aunque ya no era el tiempo de las sombrillas, es decir, el dulce y querido verano, cuando las cinco de la tarde son efectivamente las cinco.

La casa quedaba del otro lado del pueblo, después del molino. De manera que tuvieron que atravesar el pueblo en aquella luz polvorienta de otoño. La señorita Adela marchaba del lado de la pared, blanca y leve como una paloma, y parecía más divertida que nunca. Hipólito, en cambio, marchaba digno y compuesto como un notario o algo por el estilo. Un verdadero tío.

El gallego Correa los saludó desde el mostrador de la tienda El Mercurio y el señor Ferrer, con el invariable cigarro en la boca y el chaleco abierto, desde la puerta de El Imparcial. Cada uno en su calle y en su puesto parecía distinto, opinó la señorita Adela.

Hipólito, aunque no estaba muy seguro, asintió con la cabeza.

En la esquina de El Vencedor, bebidas y comestibles, tendió una mano a la señorita para ayudarla a saltar desde la acera de ladrillos húmedos y desparejos porque era muy alta.

Don Italo estaba en la puerta del almacén con el lápiz montado sobre la oreja.

Y había otros vecinos sentados en los sillones de mimbre o en las sillas de paja. Parecían todos contentos pero extrañamente quietos con sus sonrisas en esa hora inmóvil de la tarde.

–¡Vamos! Decídase usted –dijo Hipólito con cautelosa jovialidad.

–¡Qué gracioso! –trinó la señorita.

Y avanzó un pie y saltó.

Desde allí se veían las primeras quintas, el campo pelado y amarillo y al fondo el cielo de un celeste muy pálido. A la derecha, el molino, blanco como un hueso, y a la izquierda, el camino de cemento.

La señorita Adela reconoció la casa por los pinos. Era como ella la había imaginado. No exactamente como Hipólito había dicho, porque con lo que dijo se podían imaginar muchas casas con pinos y todo.

Atravesaron el jardín entre aquellos árboles oscuros y mientras Hipólito buscaba la llave reconoció cada cosa. El tronco firme y ceniciento de los pinos, las copas negras como surtidores de sombras, la cerca de madera y, a través de la cerca, la vereda de ladrillos.

Hipólito dijo a sus espaldas que aquí no era lo mismo porque no pasaba el camión de riego, ni la señora Amelia, ni enfrente estaban los plátanos erguidos como personas. Pero que de todas maneras sería lindo sacar afuera los sillones de mimbre y contemplar el campo pelado que mudaba de color como el mar, aunque nunca había visto el mar, y el camino de cemento y los grandes camiones que iban y venían cargados de ladrillos.

Quedaron un rato inmóviles mirando todo aquello y luego entraron.

Flotaba en la casa una luz pegajosa y la voz de la señorita Adela parecía sonar en todos los cuartos a la vez. Hipólito caminaba detrás y decía cosas oportunas un poco inclinado hacia adelante con el sombrero de fieltro en la mano.

En la cocina encontraron todo lo que había dicho y además una claraboya de vidrio armado y una gran mesa de pino. Al fondo había una huertita y la vieja parra de uva chinche que Hipólito había ponderado largamente. Los dormitorios eran recatados y simples y donde más se notaba el silencio, de manera que se justificaba que resultasen imprecisos. El hall, en cambio, parecía lleno de gente, aunque estuviera vacío, y uno pensaba en los amigos y en los días felices. A través de la ventana se veía un pino y una parte de la cerca y el camino de cemento largo y preciso que se juntaba a lo lejos con el cielo.

En fin, una casa adecuada, como decía el tío Hipólito. Y posiblemente notable después de un tiempo.

Regresaron en silencio por el mismo camino. Al doblar hacia el molino blanco como un hueso, la señorita Adela se volvió una vez y miró los pinos.

En la esquina de El Vencedor, Hipólito saltó primero y le tendió la mano.

Saludaron a la misma gente en los mismos sitios.

Cuando llegaron a la calle de tierra apenas quedaba un mechón de tarde en las puntas de los plátanos. El camión de riego ya había pasado y por eso la calle parecía más oscura.

La señorita Adela permaneció un rato en la puerta, junto a los sillones vacíos.

Los chicos volvían trotando de la usina.

Hipólito miró la hora y comparó los días y estuvo a punto de hablar del tiempo. Pero ya eran las siete de la tarde, es decir, la noche.

La señorita Adela murió ese invierno.

Una tarde Hipólito esperó largo rato junto al sillón vacío. Pasó el camión de riego y la señorita no había salido.

Otra tarde estuvo de paso, como quien dice, con un ramo de crisantemos, que era la flor del tiempo.

Y otra tarde cualquiera murió la señorita.

Vinieron unos parientes de Buenos Aires y otros de Rosario. Los hombres se abrazaban y se besaban brevemente y se hacían todos las mismas preguntas en voz baja. Cuando se reconocían parecía que iban a decirse grandes e interminables cosas. Pero pronto quedaban en silencio con las manos en los bolsillos y se hamacaban en puntas de pie o miraban el reloj mientras sus mujeres rezaban el rosario.

Después del anís se animaron un poco y comenzaron a hablar de cosas que recordaban a medias. Hipólito sonreía gravemente y completaba el recuerdo, nombres y sitios y sucesos de aquel pueblo, un poco sorprendido él mismo de que recordase tanta vieja historia.



Flotaba en la casa una luz pegajosa y la voz de la señorita Adela parecía sonar en todos los cuartos a la vez. Hipólito caminaba detrás y decía cosas oportunas un poco inclinado hacia adelante con el sombrero de fieltro en la mano.



Llegó el cura y sirvieron otra copita más. Entonces se animaron por completo y ahora recordaban nada más que cosas alegres. Por último llegó el plomero e Hipólito alejó a las mujeres, entornó la puerta y sostuvo las barritas de plomo.

La luz de los cirios era una luz amarilla como la del otoño y la lámpara de soldar zumbaba como el camión de riego.

Ahora veía el rostro de la señorita Adela a través de un óvalo de vidrio un poco empañado. Parecía realmente de cera y tenía aquel gesto en los labios la vez que hablaron del ciclamen o ciclamino.

La calle nunca había estado tan animada. De este lado las mujeres, negras y llorosas contra la pared de ladrillo. María y la cabecita morena en el rincón de los sillones. La señora Amelia con el rosario al frente. En el medio la negra hilera de coches con los caballos erguidos y brillantes. Del otro lado los vecinos y los curiosos, los chicos de los gorriones y por supuesto los plátanos.

Hubo un instante de inmovilidad y luego el cortejo se puso en marcha con un lento girar de ruedas.

Hipólito iba en el segundo coche con otros tres señores que en cada cuadra recordaban un nombre o reconocían una casa.

Cuando pasaban frente al El Vencedor el señor de la derecha preguntó por el viejo Nardi. Hipólito habló del viejo Nardi mientras pensaba en otra cosa a propósito de aquella esquina.

Apareció el molino y hablaron del viejo molino. Después trotaron sobre la ruta de cemento y se cruzaron con los camiones mientras a lo lejos giraban lentamente los dos pinos con la casa en el medio.

El señor de la izquierda preguntó a dónde iba ese camino. "A Irala", dijo Hipólito, aunque no estaba seguro si era a Irala o a Inés Indart o a cualquier otra parte porque jamás había pasado del cementerio.

A la izquierda aparecieron los primeros hornos de ladrillo. El humo trepaba derechamente hacia lo alto, señal de buen tiempo.

También por la izquierda, detrás de las columnas de humo, apareció por fin el largo murallón del cementerio y entonces los hombres callaron.

Los parientes se marcharon esa misma tarde. Se despedían de Hipólito como si éste no debiera marcharse también. Todos decían cosas amables pero imprecisas antes de partir.

La señora Amelia ayudó a acomodar las sillas y se fue a la hora de las campanas.

Entonces el tío Hipólito salió a la puerta y se quedó un rato mirando los plátanos.

La calle estaba otra vez en silencio.

Ahora oscurecía a las seis y media y el verano parecía más lejos que nunca. En realidad, parecía que nunca hubiese existido el verano. ■

é Editores.

AMORES CELESTIALES

Los dioses de la antigua Grecia amaban y engendraban hijos con distintas diosas. Cada uno era regido por un elemento y representaba una virtud. Los romanos les daban otros nombres, aunque simbolizaban lo mismo. Aprendamos algo más de ambas mitologías.

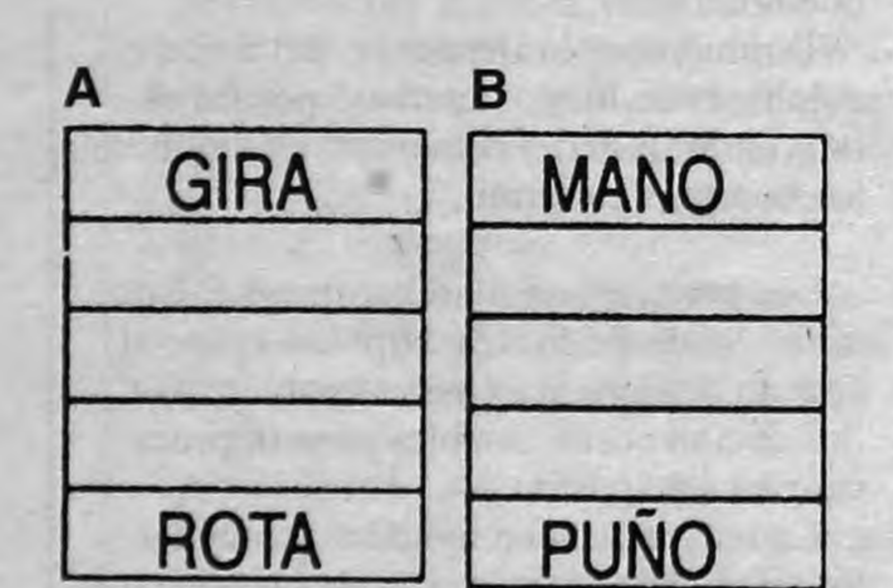
1. Júpiter fue padre de Artemisa y Atenea. Una de ellas representaba la castidad, mientras que la otra simbolizaba la sabiduría.
2. Cibeles fue madre de Ceres y Juno. Una representaba la dignidad y la otra simbolizaba la fecundidad.
3. Ninguna de las cuatro anteriores tenía por elemento el agua.
4. La que representaba la belleza era diosa del amor; la que tenía por elemento la tierra, de la agricultura; Diana, de la caza; Hera, del poder; y Minerva de la guerra.
5. Las que tenían por elemento el agua y la luna eran muy hermosas. Una de ellas fue Afrodita y la otra Artemisa. De ambas, Diana fue gemela de Apolo y representaba la castidad.
6. Cibeles fue madre de las que tenían por elemento el cielo y la tierra. Una de ellas fue Deméter y la otra representaba la dignidad.
7. Ni Ceres ni Hera fueron hijas de Júpiter.

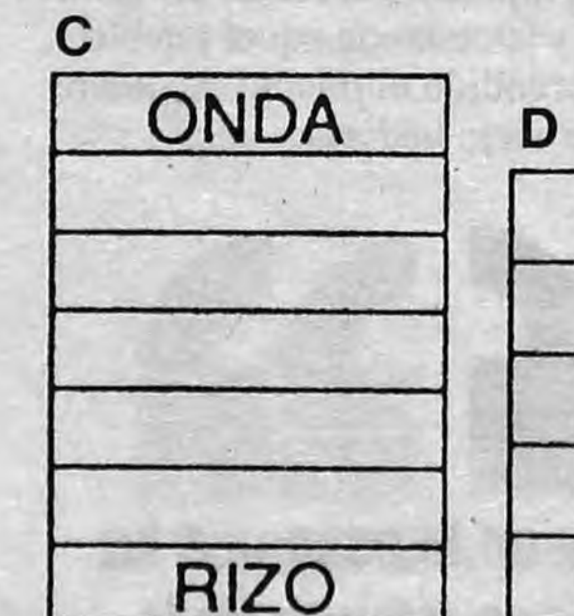
		ROMANA					ELEMENTO					REPRESENTA				
		Ceres	Diana	Juno	Minerva	Venus	Agua	Cielo	Inteligencia	Luna	Tierra	Belleza	Castidad	Dignidad	Fecundidad	Sabiduría
GRIEGA	Afrodita															
	Artemisa															
	Atenea															
	Deméter															
	Hera															
REPRESENTA	Belleza															
	Castidad															
	Dignidad															
	Fecundidad															
	Sabiduría															
ELEMENTO	Agua															
	Cielo															
	Inteligencia															
	Luna															
	Tierra															

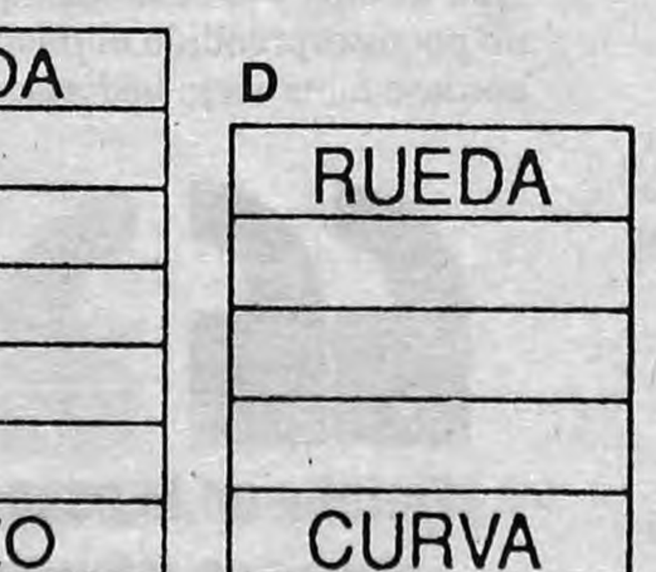
GRIEGA	ROMANA	ELEMENTO	REPRESENTA

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.







AVICULTURA

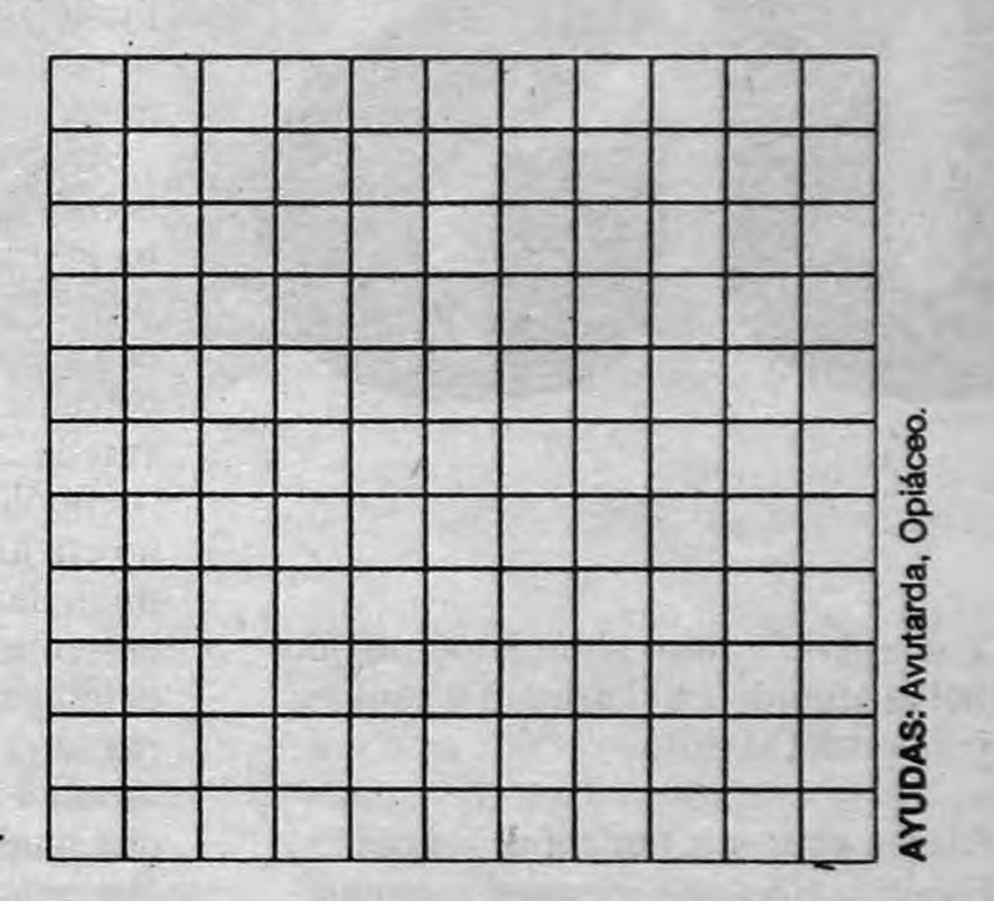
Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ANCONA, ANDALUZA, AUSTRALORP, BANTAM, BARREADA, BRAHMA, COCHINCHINA, CORNISH, DORKING, GALLINA, GALLIPOLLO, GALLO, JAPONES, LANGSHAN, LEGHORN, ROJA

A	Y	O	A	G	N	I	K	R	O	D	G
N	M	O	A	A	N	D	A	L	U	Z	A
I	L	A	A	C	O	R	N	I	S	H	L
H	A	U	Q	N	U	A	E	L	Q	U	L
C	N	S	E	R	B	N	A	J	O	R	I
N	G	T	B	O	A	I	A	D	O	S	P
I	S	R	R	H	R	L	N	E	L	E	O
H	H	A	A	G	R	L	C	S	L	N	L
C	A	L	H	E	E	A	O	E	A	O	L
O	N	O	M	L	A	G	N	A	G	P	O
C	L	R	A	O	D	B	A	N	T	A	M
I	M	P	P	O	A	S	I	B	L	J	E

BLANCO

Para completar el siguiente crucigrama, le bastará con las definiciones que le damos y con el siguiente dato: las casillas negras suman quince y conforman un dibujo con simetría central.



AYUDAS: Avutarda, Opiáceo.

HORIZONTALES

1. Olor sumamente desagradable.
6. Utilizará.
11. Se atrevía.
12. Altura.
13. Negación.
14. Extravagante, risible.
16. Dícese de los compuestos de opio.
18. (....-Mahal) Monumento de la India.
19. Andes por la noche vigilando algún lugar.
20. Floja, que no está tirante.
21. Uno y uno.
22. Antiguo emperador de Rusia.
23. Gran duque ruso.
25. Capital de Irak.
28. Nombre del actor Cruise.
29. Lloviznase.
30. Embestirán, acometerán.
32. Existe.
33. Costados.
34. Estableced el precio de algo.
36. Echa a perder las plantas el calor o la sequía.
37. (... una vez) Expresión equivalente a "había una vez".

VERTICALES

1. Dignidad.
2. Fabulista griego.
3. Entrega.
4. El que obra.
5. Organo de la planta que crece en sentido inverso al del tallo (pl.).
6. Juntó.
7. Adverbio latino: así.
8. Ave zancuda de carne sumamente sabrosa.
9. Relajamiento muscular que se hace para el descanso.
10. Hospeda.
15. Entregues.
17. Sin domar.
20. Hueco de techo artesonado.
22. Ciudad argentina.
23. Poet., italiana.
24. Cantidad muy pequeña de un líquido (pl.).
25. Lugar donde se venden bebidas alcohólicas.
26. Lavas, limpias.
27. Preposición: comienzo.
29. Tejido ralo de algodón usado en medicina.
31. Repollo.
35. Sociedad Anónima.

SOLUCIONES

AVICULTURA

"Yo amo a aquel que desea lo imposible."
Goethe

ESCALERAS

A. Gira, gima, rima, Roma, rota.
B. Mano, cano, caño, cuño, puño.
C. Onda, oída, pida, pica, pico, rico, rizo.
D. Rueda, rueca, cueca, cueva, curva.

AMORES CELESTIALES

Afrodita, Venus, agua, belleza.
Artemisa, Diana, Luna, castidad.
Atenea, Minerva, inteligencia, sabiduría.
Hera, Juno, cielo, dignidad.
Deméter, Ceres, tierra, fecundidad.

BLANCO

H	E	D	O	R	■	U	S	A	R	A
O	S	A	B	A	■	N	I	V	E	L
N	O	■	R	I	D	I	C	U	L	O
O	P	I	A	C	E	O	■	T	A	J
R	O	N	D	E	S	■	L	A	X	A
■	■	D	O	S	■	Z	A	R	■	■
I	G	O	R	■	B	A	G	D	A	D
T	O	M	■	G	A	R	U	A	S	E
A	T	A	C	A	R	A	N	■	E	S
L	A	D	O	S	■	T	A	S	A	D
A	S	O	L	A	■	E	R	A	S	E